
Trapos al sol

María Isidra Mencos, Universidad de California en Berkeley

Me mudé a aquel piso al comenzar el verano. Siempre he intentado olvidar que vivo rodeado de vecinos y me he acostumbrado a clausurar los espacios expuestos a miradas indiscretas. Por eso tardé bastante tiempo en advertir quién habitaba en el piso de abajo. El primer indicio fue auditivo. Por regla general tengo el sueño muy profundo, pero esa noche me había costado mucho dormirme. O, más bien, entredormirme, porque no dejaba de dar vueltas y sofocarme, en ese incómodo estado en que a uno le parece contemplarse mientras sueña las historias más fatigosamente enrevesadas; no puede detener su absurdo ritmo y a la vez se halla sin fuerzas para escapar hacia el sueño profundo o la vigilia. Pero lo que empecé a oír me fue despertando sin remedio. No era un ruido misterioso ni extravagante y, sin embargo, alteraba poco a poco mi pulso. Era el sonido inconfundible de una mujer en pleno acto amoroso. A su pareja no se la oía ni respirar. Quizá por eso se evitaba el aura casi ridícula que a veces rodea el rumor del abrazo, esos jadeos a dúo que son un ruido triste. O quizá es que así yo podía imaginarla mejor bajo mi cuerpo, darle un rostro extraviado a sus gemidos. No recordaba haber tenido nunca a una mujer que gozara tan sonoramente entre mis brazos. Iba pensando en ello mientras escuchaba la aceleración de sus quejidos, la súbita risa alocada, los misteriosos silencios de los besos. Un lamento ambiguo e intenso marcó el espasmo final. Me levanté a lavarme las manos. Después no podía dormirme. Me tumbé boca abajo, imaginando sus paredes cálidas cerradas en torno a mi sexo y sus manos en largas caricias por mi espalda, hasta que el sueño me la borró.

Al día siguiente usé mi balcón por primera

vez. Me acodé largo rato con la esperanza de que apareciera la protagonista de esa noche apasionada. Tuve oportunidad de conocer a los gatos del vecindario, que se paseaban orondos por los diversos patios, localicé la casa de la que a menudo salían rancheras atronadoras, que estaba en el edificio de al lado, observé la colección de ancianas que mataban las horas como yo, contemplando las actividades que se desarrollaban en las terrazas, balcones y patios a los que toda la manzana estaba abocada. Pero de la mujer de abajo no había ni rastro. Pensé, decepcionado, que debía de estar aún durmiendo y me retiré. A media tarde, cuando ya el sol había caído un tanto, volví a mi puesto. Ella no estaba, pero de su tendedero pendía una breve colada: ropa interior, una fantasía de encaje color violeta pálido. Mis ganas de conocerla se acentuaron. Ese día no hubo suerte y ella no apareció.

El trabajo me mantenía por entonces bastantes horas fuera de casa, pero todas las mañanas me asomaba al balcón, antes de salir, con el único resultado de ir conociendo poco a poco su colección de ropa íntima. Era variada y extensa: prendas negras, blancas, rojas, grises, estampadas, siempre las dos piezas a juego. Nunca tendía otra clase de ropa, lo que me hizo suponer que la llevaba a una lavandería. Más de una vez lamenté que no viviera en el piso de arriba: cualquier día se le hubiera podido caer una de esas prendas delicadas y entonces habría venido a recogerla. Claro que yo simularía no haberla encontrado para poder quedarme con ella. Esta fantasía me gustó tanto cuando se me ocurrió que camino al trabajo me detuve en una lencería y escogí unas bragas finísimas de puro encaje, blancas, parecidas a unas que le había visto a ella. Las conservaba

debajo de la almohada. Casi llegué a creer que eran las tuyas.

Días después volví a escucharla. Esta vez fue por la tarde, un domingo. Hacía mucho calor y me había tumbado con la intención de acabar un libro que arrastraba desde hacía bastante tiempo. Era aburrido y me adormecí. Me despertaron los compases de un bolero y el rumor de unos pies. Luego se oyó un ruido sordo, como de un cuerpo que se deja caer sobre un sofá o una cama y en seguida los jadeos, los gemidos, palabras confusas, un grito. El disco estaba rayado y se repetía incesantemente. Pasó bastante rato antes de que alguien se decidiera a pararlo. Se lo agradecí. Estaba bañado en sudor, con un nudo de encaje blanco apretado en un puño. Me duché y salí al balcón. Había destapado una cerveza y me puse a hojear el libro con desgana. Me sentía como un imbécil, pero no era capaz de moverme de allí. Como a la media hora salió ella. Llevaba una especie de bata china, de un rojo intenso, con un bordado en la espalda y el pelo, muy largo y lacio, estaba mojado y le iba dejando una mancha en la bata que se le pegaba a la piel. Se lo peinaba y se lo ahuecaba, en dirección al sol. Luego se echó en una tumbona y encendió un cigarrillo. Después otro. No hacía nada, excepto fumar, recostada y con los ojos cerrados. Me puse a imaginar que saltaba desde mi balcón y caía sobre ella, la cara que pondría, cómo la tomaría allí mismo y su voz se quebraría en murmullos, en quejidos, en risas y susurraría obscenidades en mi oído. Fui a buscar sus bragas arrugadas y descargué en ellas mi deseo como un homenaje. Cuando volví al balcón se había ido. De pronto el resto de la tarde se extendía ante mí como un desierto. Me acosaba una desazón de amante abandonado. Me vi ridículo en mi confusión. A estas horas ella debía de caminar por la calle del brazo de su amigo. Salí al cine, programa doble.

Esa semana me la crucé un par de veces

en la escalera. La segunda vez la saludé con la cortesía propia de un vecino formal. Ella murmuró apenas un adiós y me lanzó una mirada furtiva sin detener su trote escaleras abajo. Así que era tímida. O quizá, como yo hasta entonces, no quería trabar relación con sus vecinos. Subí despacio hasta mi piso y, en un gesto ya automático, me asomé al balcón. Había tendido un conjunto negro, con una de esas bragas que suben hasta el ombligo rematada por una franja de blanca y un sujetador de aros. Pechos grandes, pensé, y buenas piernas, por lo que había podido apreciar. Hay dónde agarrarse, me dije recordando una frase de mi madre. Sí que me hubiera gustado agarrarle esas piernotas, subir la mano entre sus muslos mientras la mantenía apresada contra la pared. Subirla lentamente y que ella me mirara con ojos asustados y sin decir palabra. Apartaría esa frágil barrera de las bragas y allí, de pie, la tomaría, y cuando saliera de ella le pediría sus bragas empapadas. No era guapa, pero he de reconocer que me gustaba, o más bien, la deseaba, deseaba su voz, su entrega, sus gemidos, deseaba oírla delirar bajo mi cuerpo, recoger en mi boca sus súbitos silencios, creárselos a besos, a mordiscos.

Y esa semana ella estuvo particularmente fogosa. Todas las noches me vació y me succionó contra las sábanas. Todas las noches llegamos juntos a la culminación, me la anunciaba acelerando sus quejidos, me la ofrecía luego con un grito. Después me costaba conciliar el sueño, la imaginaba dormida entre los brazos de su amante y el hueco entre los míos me pesaba. Me preguntaba a veces si yo sabría hacerla gozar tanto.

Iban pasando los días y el ansia de conocerla se me hacía insoportable. Quería hundir mis dedos en su pelo largo y ocultar en él mi rostro. Quería levantárselo y descubrir el secreto de su nuca. Quería impregnarme de su olor, de todos los olores de su cuerpo. Una y mil veces imaginaba cómo acariciaría muy despacio su pubis, sus

ingles, el camino entre sus nalgas y los bordes de su sexo, demorando el instante de posar en él mi mano, su humedad palpitante rezumaría entre mis dedos hasta alcanzarme el corazón.

Por más que cavilaba no hallaba cómo aproximarme a ella. No me considero tonto ni excesivamente feo; pero tampoco puedo presumir de muchos atractivos. Siempre he llevado una vida gris, monótona; me trato con muy poca gente, la imprescindible; no tengo más dinero que el necesario para vivir sin derroches y sin pedir prestado a nadie; no soy de temperamento especialmente alegre... ¿Qué podía ofrecerle? Sólo mi deseo. Pero ella tenía ya un amante, quizá un amor. La perspectiva de entrometerme en una pareja me traía sin cuidado, pero temía su rechazo.

Llegó el fin de semana y yo no me atrevía a salir del apartamento; permanecía atento a cualquier ruido que pudiera darme un indicio más de la vida que llevaba. Hacia el final de la tarde del sábado oí golpear su puerta y antes de poder siquiera pensarlo me encontré bajando las escaleras del edificio de dos en dos. Al salir a la calle la vi, ya al final de la manzana. Sin saber muy bien en qué acabaría todo empecé a seguirla. Caminaba deprisa y miraba el reloj de tanto en tanto. Pensé que se dirigiría a una cita con su amigo. Llegó a la Filmoteca y compró una entrada. Yo compré otra sin detenerme a mirar qué película daban. Me senté cuatro o cinco filas detrás de ella. Esperaba que llegara alguien a sentarse a su lado, pero las luces se apagaron y ella seguía sola. Vi la película a retazos, cada dos por tres fijaba la vista en su melena lacia. Algo debía de notar ella, porque varias veces se pasó la mano por el pelo y se removió en el asiento y hasta se giró en dos ocasiones.

Cuando acabó la película salí deprisa y la esperé afuera. Ella salió con un cigarrillo entre los labios. Rebuscaba en el bolso con la cabeza baja y casi se vino contra mí. Al fin encontró un mechero y se paró para encender el cigarrillo. Aproveché ese momento para

abordarla. Mi saludo y mi sonrisa la desconcertaron. Le dije que era su vecino y entonces me reconoció. Le pregunté si tenía algún compromiso. Me miró sorprendida mientras murmuraba un no dubitativo. La invité a tomar algo; atajé su previsible desconfianza con un discurso que había preparado durante la película, discurso bastante fiel a la verdad, por otra parte. Le expliqué que yo iba al cine solo casi siempre y que me gustaba llegar temprano para tener tiempo de observar a los otros espectadores solitarios. Intentaba adivinar las razones de su soledad, darles un nombre y una historia. Imaginaba posibles conexiones entre ellos. En cada nueva sesión registraba los cambios sutiles en peinados, ropa y rostros y a veces los puntuaba en una evaluación imaginaria. Estas divagaciones me mantenían entretenido antes de la película y me daban que pensar incluso después de ella. Y hoy, como de costumbre, había llegado temprano, me había puesto a estudiar al público, y de pronto había entrado ella. Me había gustado y, además, me resultaba familiar. Le eché cabeza hasta recordar que era mi vecina. La había esperado ahí, quizá simplemente para poder verla de cerca, ni yo mismo lo sabía. Y me apetecía invitarla a tomar algo, ya que no tenía ningún compromiso.

Creo que mi historia le hizo gracia y aceptó. Fuimos a un bar cercano. Ella parecía nerviosa, muy tímida. Yo, en cambio, me sentía extrañamente tranquilo. La miraba con detenimiento, la paladeaba como un vino raro y exquisito, de esos que uno adquiere con esfuerzo y conserva con mimo para descorcharlo en la ocasión más propicia. Después de semanas de acecharla la tenía frente a mí y todo mi desasosiego se había esfumado como por encanto. Me gustaba, me gustaba también de cerca, y eso fue exactamente lo que le dije. Se rió, un poco incómoda, y se ruborizó. Tenía la piel discretamente maquillada para disimular las huellas de un acné de la adolescencia o una viruela mal cuidada; es curioso, pero estas

marcas no la afeaban, quizá porque uno se sentía inmediatamente atraído por sus ojos. Eran oscuros y sobre ellos lucía unas cejas espesas y gruesas, muy rectas. Toda la fuerza de su ser parecía concentrarse en esos cuatro trazos negros. Miraba con tal intensidad que a veces me parecía que flotaban solos en el aire, como la sonrisa del gato de Cheshire.

No soy un gran conversador, pero ese día todo parecía fluir sin dificultades. Hablamos de cine, de viajes, de mil cosas sin importancia; en el fondo me daba igual el tema de la charla, escuchaba lo que me decía y era capaz de contestarle, pero mi atención estaba puesta en su voz. Era tan grave como yo había imaginado. Tenía el deseo imposible de atraparla a medida que salía de su boca, de estrujarla entre mis dedos o guardarla en un frasco para oírla cuando me apeteciera. Miraba sus labios modular las palabras y me costaba resistir la tentación de besarlos. Ya hacía rato que conversábamos y ella parecía sentirse a gusto. La invité a cenar y aceptó en seguida. Aproveché la ocasión para bromear un poco, le dije que si su novio la llamaba ahora a casa iba a preguntarse dónde andaba y que siempre estaba bien hacer sufrir de celos a los hombres, aunque fueran infundados, mantenía su interés. Sonrió y me dijo que lo tendría en cuenta para cuando tuviera novio. Su respuesta me dejó frío. Se me hacía difícil imaginarla cada noche con un hombre distinto, no sé por qué.

Mientras cenábamos me fijé en sus manos. Eran muy bellas, de dedos largos y uñas cuidadosamente esmaltadas de un vivo color rojo. Ibamos por los postres cuando me atreví a cogerle una. La acaricé con suavidad siguiendo el contorno de cada uno de sus dedos. Se le humedeció la palma. Me la llevé a los labios mientras ella me miraba con expresión confundida. La atraje hacia mí y murmuré "me gustas." Ella seguía

mirándome con extraña fijeza y sin decir nada. Empecé a besarla lentamente: el cuello, la mejilla, los párpados, los labios. Al principio se quedó quieta, pero luego se abandonó a mi boca.

Caminamos hacia la casa, nunca el camino me había parecido tan largo. Ibamos en silencio y yo aprovechaba todos los semáforos para apretarla contra mi cuerpo y besarla hundiendo mis manos en su pelo. Ella se me rendía dócilmente; oía sus leves jadeos mientras la abrazaba. Creo que nos quedamos en su casa por no tener que retrasar un piso más el momento.

No sé cuántas horas nos llevó desnudarnos. Nos recorriamos la piel como quien ejecuta un rito de adoración. Cuando llevé mi mano hasta su cueva cálida, mis dedos resbalaron en su mar desbordado. Aunque hubiera querido el juego interminable, la urgencia de su voz me dominaba. Empecé a entrar en ella, muy despacio, pero sus manos aferraron mi cintura y avanzó con brusco movimiento hacia mi cuerpo. Gritó y gritó y el eco de su grito me cercaba mientras me unía a ella en el espasmo. Cuando la sentí moverse nuevamente me aparté para verle la cara. "Mi bella," murmuré. Me hice a un lado. Y entonces vi la sangre, su sangre de virgen en las sábanas.

Nos casamos poco después, hace ya años. A veces, cuando pesa la rutina o nos acosa el recuerdo, me mira en cierta forma que yo comprendo de inmediato. Sube a la habitación y se tiende en la cama con la luz apagada. Yo me quedo abajo y de pronto le oigo, oigo su voz grave quebrarse en risa, en llanto, en grito. Cierro los ojos y percibo ese deseo trepándome ya por los muslos. Lo atrapo en mi sexo endurecido y dejo que la voz de mi bella me enardezca y me estalle entre las manos.